

INSTITUCIONES SOCIALES MODERNAS

LOS HERMANOS MISIONEROS DEL CAMPO

Los Hermanos Misioneros del Campo fueron fundados en plena guerra, en 1943, por el Padre Epagneul, y pasan hoy de 120, entre sacerdotes y no sacerdotes, repartidos en once prioratos en las regiones más descristianizadas de Francia. Sus actividades apostólicas son múltiples y modernas; su mentalidad es joven y viviente. Son, en el siglo XX, los sucesores y los imitadores de los grandes monjes pioneros que conquistaron el campo para Cristo.

Se trata de religiosos que viven en común en los Prioratos, muy abiertos a los problemas del mundo moderno y especialmente del mundo rural, y decididos a consagrar su vida al servicio de las regiones campesinas más abandonadas, más pobres, más descristianizadas. No hay ninguna distinción entre religiosos sacerdotes y religiosos no sacerdotes; todos viven la misma vida de comunidad, participan en las mismas obras, en los mismos trabajos intelectuales o manuales, en los mismos ejercicios de piedad. Son únicamente Hermanos en toda la acepción de la palabra: sencillez de las relaciones mutuas, caridad activa, unicidad en el apostolado, que es exclusivamente el del mundo rural. Como apóstoles de un medio específicamente rural, nada se descuida en su formación para que lleguen a conocer los problemas de la hora: estudio personal, contactos numerosos y prolongados, todos los jóvenes pasan un mes en las grandes granjas de Seine y Marne durante las cosechas, participación en sesiones y viajes de estudios, con bastante gran libertad de acción.

Mezclados con los agricultores y otras gentes del campo por los deberes de su apostolado especializado, están obligados a la vida comunitaria en la casa del priorato. Ponen en común el fruto de sus observaciones y sus experiencias apostólicas, analizan las causas de sus éxitos y de sus fracasos. La casa del priorato está ampliamente abierta a todos y en todo tiempo; la acogida es fraternal y confortante; el reglamento de vida es bastante flexible para que se adapte a cualquier situación local. Comparten todas las iniciativas apostólicas y misioneras.

Se establecen en pleno campo, lejos de los centros populosos, con preferencia en las regiones más desfavorecidas, pobres y descristianizadas.

Llamados por los obispos que carecen de sacerdotes, se encargan de parroquias sin pastor, al mismo tiempo que secundan a los párrocos ancianos y enfermos, o descorazonados a veces ante la inmensidad de su tarea y el fracaso de sus esfuerzos. Así en muchos prioratos los Hermanos son responsables de cinco o seis parroquias, en que aseguran los oficios divinos, dan carecismo a los niños, se ocupan de las obras de la Acción Católica rural, Hogares rurales, bibliotecas... Fuera de eso, enseñan la religión en las parroquias vecinas, preparan a los niños para la primera comunión, dan a todos los agricultores los consejos que piden y les procuran todos los servicios deseados, participan efectivamente en los trabajos del campo para aliviar a un obrero fatigado o reemplazar a un ausente, un enfermo, un soldado... Brevemente, los Hermanos se hacen todo a todos para acercar a los rurales a Cristo y a su Iglesia.

En este respecto, la situación es trágica en Francia: la densidad de la población es muy débil en Francia: los pueblos cuentan con pocos habitantes: a veces menos de 100, raramente más de 300 ó 400; los sacerdotes, a menudo ancianos y enfermos, han de cuidar de 3, 4 ó 5 municipios; la vida parroquial y sus obras, como la vida cívica y la escuela, no son orgánicamente posibles y activas por debajo de un mínimo de habitantes. Se cae fácilmente en la cuenta de las dificultades que encuentran los Hermanos Misioneros en el ejercicio de su apostolado. Pero, a pesar y por causa de eso, se dan a su ministerio con fe y confianza, con alegría y con ardor: los primeros resultados han sido alentadores.

En una u otra diócesis, la acción de los Hermanos es ya de tal manera profunda y estable que toda la responsabilidad de la Acción Católica rural se ha confiado a uno de ellos, promovido a consiliario diocesano. En París, es un Hermano el que tiene las funciones de consiliario adjunto de los Hogares rurales en el plano nacional.

Según los casos y las circunstancias, algunos Hermanos Misioneros son obreros permanentes en las granjas, o aseguran regularmente la dirección de la segadora-trilladora, por ejemplo; otros trabajan en pequeños talleres establecidos en el ambiente rural; alguno ha entrado en la vida profesional como gerente de una cooperativa agrícola. Pero siempre quedan obligados a estar con sus Hermanos en la casa del priorato, sea cada tarde cuando es posible, sea al menos dos días por semana.

En Canappeville, pueblo de 350 habitantes, han fundado, desde 1949, un centro de formación profesional de formación de vaqueros-porqueros, en una vasta propiedad abandonada hacía varios años. Cada año, eminencias agronómicas francesas visitan el Centro y grupos profesionales celebran allí sus sesiones de estudios. Miles de agricultores llegan allá para sacar preciosas lecciones. Los extranjeros, cada vez más numerosos, se detienen allí algunas horas o algunos días para «penetrar» el secreto de esta misteriosa acción. El priorato de Canappeville cuenta con diez Hermanos, una explo-

tación agrícola de unas 40 hectáreas, un centro de formación para vaqueros y porqueros, un laboratorio de ensayo y de estudios de maquinaria de ordenar, una ganadería porcina ya famosa. Los Hermanos, de los cuales uno es doctor en medicina veterinaria y otro especialista en ganado porcino, son muy apreciados por las más distinguidas personalidades del Instituto Nacional Agronómico y los investigadores de los diversos centros y el cuerpo docente de la Escuela veterinaria de Alfort, en la que un Hermano da lecciones, y por los Servicios agrícolas departamentales. Además este priorato tiene a su cargo siete parroquias de unos 200 habitantes cada una, como término medio, y ayuda a los párrocos vecinos. A uno se le ha confiado la responsabilidad de la Juventud Agraria Católica del cantón de Neubourg.

En este Centro de formación se celebran cada año dos cursos de cuatro meses y medio de duración cada uno. Se dirigen estos cursos exclusivamente a profesionales de la ganadería, por lo menos de 21 años de edad y que hayan terminado el servicio militar. Comprenden lecciones teóricas: problemas morales y sociales, lengua francesa, zootecnia, alimentación, higiene, ganadería, patología, economía..., en total, tres horas cada día; y ejercicios prácticos: son los cursillistas los que aseguran alternativamente todos los trabajos del cuidado de la ganadería, vacuna y porcina, bajo la dirección de los Hermanos monitores.

El número de alumnos está limitado rigurosamente a 12. Al fin del curso, se tiene un examen ante una Comisión formada por un director de explotación y obreros cualificados y presidido por el Director de la mano de obra y el Director de los servicios agrícolas del Departamento del Eure. A su salida de la escuela, los diplomados pueden pretender diversos puestos bien remunerados: vaqueros o porqueros cualificados, contramaestres de ganadería...

También se tienen sesiones de formación para manitores y consejeros de ganadería, reservadas a los antiguos alumnos que han triunfado particularmente durante el curso anterior y que poseyendo un bagaje científico suficiente, pueden pretender a un puesto de monitor o de vulgarizador especializado en ganadería. Las sesiones duran seis meses y no se dirigen sino a uno o dos excelentes sujetos que colaboran a su vez en la formación de los vaqueros y porqueros cualificados.

Se tienen además cursos de perfeccionamiento de cinco días, destinados a obreros agrícolas en ejercicio, a directores de explotación y a sus hijos, a consejeros y monitores, a las mismas familias que desean perfeccionar su formación práctica. Exposiciones sencillas y claras, la presentación de películas escogidas, la asistencia a los trabajos prácticos de conducción de la ganadería, las discusiones e intercambios de puntos de vista, dan a los que pasan allí unos días una apertura de espíritu y un complemento de formación profesional que tanto faltan a los agricultores y más aún a los obreros agrícolas.

Es probable, además, que surgirán allí otras iniciativas; lo que se ha dicho es sólo un punto de partida; basta mirar y observar para caer en la cuenta

y convencerse de que los Hermanos Misioneros del Campo están en buen camino. Francia es fértil en iniciativas de todo género y es bueno seguir tales experiencias, de las que siempre se sacan enseñanzas. Deseamos que los Hermanos Misioneros conozcan una prosperidad creciente y que la Providencia les envíe numerosas y sólidas vocaciones campesinas, que multipliquen sus obras de asistencia en las regiones rurales, y que su apostolado conozca frutos excelentes. Deseamos que su joven Congregación se pueda difundir en otros países.

M. B.